

siones necesarias como si fuese un enviado del rey. Así es que yo estaba muy contento viendo á aquellos jefes subalternos de las provincias sometidos á las órdenes de mis criados, temiendo sin cesar que, á la usanza de los siameses, yo hiciese uso de mi junco en sus espaldas. Uno de mis criados, para darse cierto carácter de dignidad y de poder, habia atado uno de esos espantajos á las armas que llevaba, y sin mas

que eso y un poco de ruido del tam-tam metia miedo á todo el mundo, al mismo tiempo que algunos regalillos hábilmente distribuidos y algunas buenas propinas á los cornacs me grangeaban las simpatías populares.

La mayor parte de las aldeas se encuentran á una jornada de distancia unas de otras, pero algunas veces es necesario hacer tres ó cuatro jornadas antes de

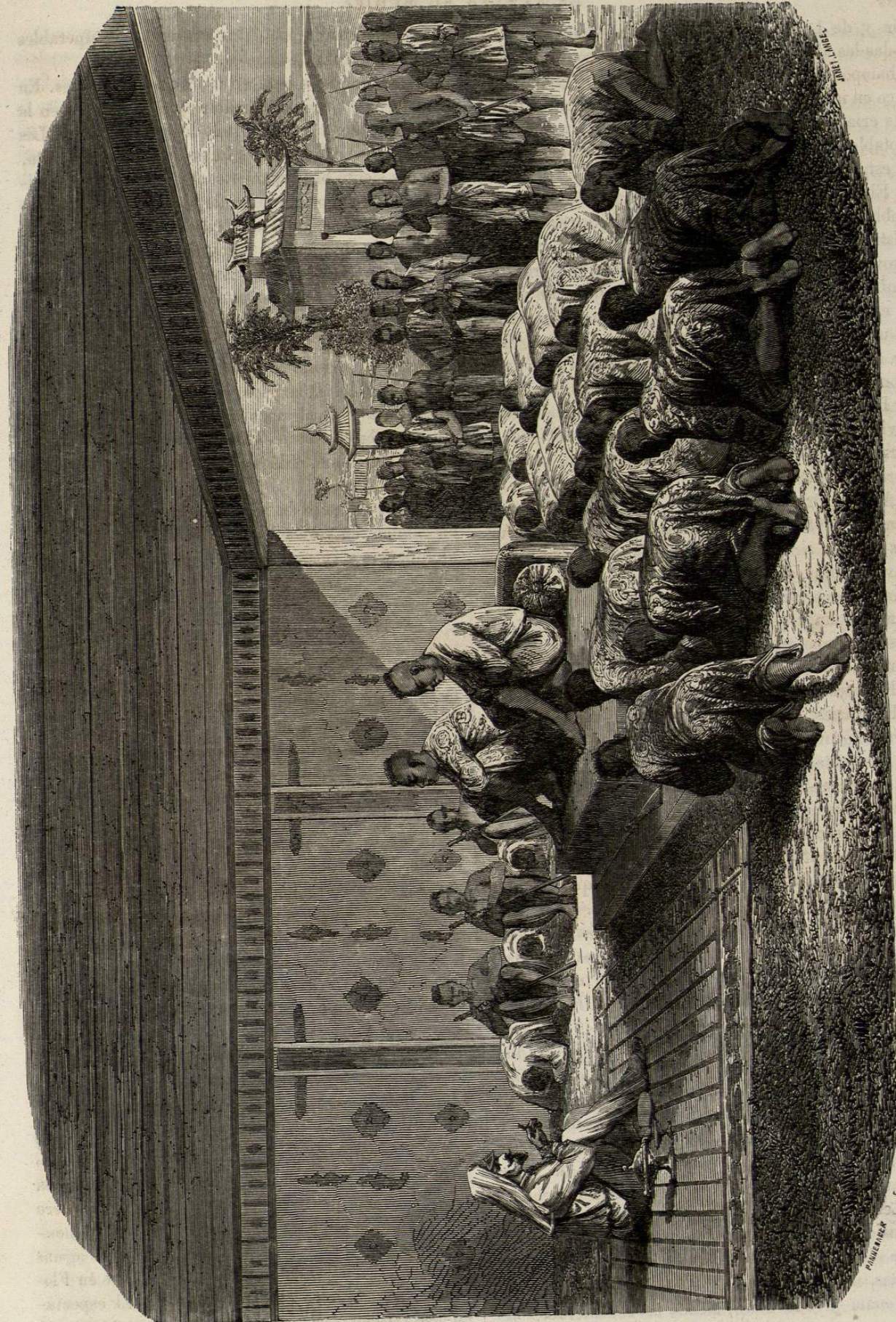


Jefe laotiano á caza de rinocerontes.

encontrar una sola habitacion, y entonces no hay mas remedio que dormir en los juncales. Durante la buena estacion tal vez eso no me hubiera disgustado del todo, pero en la de las lluvias nada puede dar una idea de las molestias que experimentan de noche los viajeros bajo un mal abrigo de hojas puesto de cualquier modo encima de un lecho de ramas, asaltados por miríadas de mosquitos á quienes atrae la luz de las hogueras, por legiones de tábanos que al caer el día y no bien se pone el pie en el estribo atacan no menos al hombre que á su cabalgadura, por pulgas casi imperceptibles que forman enjambres y cuya pi-

cadura, escesivamente dolorosa, produce enormes vejigas, y todo eso sin contar las sanguijuelas, que á la menor lluvia, salen de la tierra, descubren al hombre á mas de 20 pasos de distancia y con una velocidad increíble le acometen en todas direcciones para chuparle la sangre. Mientras se va andando, el único medio de impedir que invadan todo el cuerpo consiste en cubrirse las piernas con una capa de cal de 1 línea de grueso.

El 12 de abril habia salido de Bangkok, y el 16 de mayo llegaba á Leuye, capital de un distrito que depende á la vez de dos provincias, de Phetchabou-



Recepcion del viajero por los reyes del Laos.

me y de Lome, situada en un valle estrecho como todas las aldeas y ciudades que he encontrado desde Thaiapoune hasta aquí. Es el distrito de Siam el más rico en mineral. Uno de sus montes encierra inmensos criaderos de un hierro magnético de una calidad notable; otros contienen antimonio, cobre argentífero y estaño.

El hierro es el único mineral que se explota, y la población, mitad agrícola, mitad industrial, suministra instrumentos de labor y cuchillos á todas las provincias que la rodean hasta más allá de Korat. Sin embargo no hay allí fábricas ni máquinas de vapor, y es verdaderamente curioso ver lo poco que cuesta á un herrero su establecimiento: en un agujero de 1 metro y medio en cuadro abierto cerca de la montaña amontona y funde el mineral con carbón; el hierro liquidado se deposita en el fondo de la cavidad y se forma en ella un lecho, del cual se saca, cuando está terminada la operación, para llevarlo á la fragua.

Allí, en una nueva cavidad abierta en la tierra, se establece un fuego que un chiquillo aviva con dos fuelles que son simplemente dos troncos de árbol huecos clavados en el suelo, en los cuales juegan alternativamente dos tapones rodeados de algodón, sujetos á una plancha y que tienen echados largos mangos, al mismo tiempo que á la base de los troncos de árbol se adaptan dos tubos de bambú que conducen el aire á la hoguera.

En varias localidades descubrí arenas auríferas, pero ningún criadero abundante. En algunos lugares los habitantes en sus ratos de ocio sacan los granitos de oro de entre las arenas; pero con este entretenimiento, según ellos dicen, apenas ganan para comprar el arroz que comen. En este viaje he atravesado más de sesenta aldeas que cuentan de 20 á 50 fraguas, y seis burgos llamados ciudades que cuentan de cuatrocientos á seiscientos habitantes.

He formado el mapa de toda esta comarca. Desde Korat he atravesado cinco grandes ríos que desaguan en el Mekong, siendo su cauce más ó menos considerable según las estaciones. El primero tiene 35 metros de ancho, el *Menam-Tchie*, latitud 15° 45'; el segundo, el *Menam-Leuye*, 90 metros, latitud 18° 3'. El *Menam-Ouan*, en Kenne-Tao, 100 metros, latitud 18° 35'; el *Nam-Pouye*, 60 metros, latitud 19°; el *Nam-Houn*, 20° de latitud, de 80 á 100 metros de ancho.

El Tchie es navegable desde la latitud de Korat hasta su embocadura, desde mayo hasta diciembre. El Leuye, el Ouan y el Houn, no lo son sino en una extensión limitada á causa de sus numerosas cascadas, y no obstante lo que dicen nuestras antiguas geografías, no hay comunicación alguna acuática entre el Menam y el Mekong, siendo las considerables al-

turas que separan estos ríos obstáculos insuperables para la apertura de canales.

Los laotianos se parecen mucho á los siameses. En su lengua la única diferencia que se nota es en la pronunciación y en la lentitud de la acentuación. Las mujeres llevan los cabellos largos y una saya suelta, que las sienta bien cuando son jóvenes y están peinadas. Son mejores que las de las márgenes del Menam; pero al llegar á una edad algo avanzada, se vuelven de una fealdad repugnante.

En toda esta parte del Laos el comercio es poco considerable, porque no pueden penetrar en ella los chinos residentes en Siam por los enormes gastos que les ocasionaría el transporte de sus mercaderías en elefantes. Casi todos los años viene una caravana del Yunnan y del Quanglee, compuesta de unos cien individuos y de algunos centenares de mulas. Los unos van hasta Kenne-Thae, y otros llegan á Nane y Tchieng-Maie. Llegan en febrero y parten de nuevo en abril.

La morera no se da bien en estas montañas; pero en cambio, en varias localidades se cria en mucha abundancia el insecto que produce la laca, con cuyo objeto se cultiva el arbusto que le nutre con sus hojas.

Toda la goma benjui que se vende en Bangkok procede de la estremidad Norte de Luang-Prabang y de un distrito tributario á un mismo tiempo de la Cochinchina y de Siam, más poblado por tonquineses que por laotianos.

El 24 de junio llegaba á Paklaie (lat. 19° 16' 58"), que es el primer burgo de este principado, situado sobre el Mekong, que se encuentra viniendo del Sur. Es una aldea encantadora, muy rica, y mayor y más hermosa que cuantas hasta ahora he encontrado en el país. Las casas son elegantes y espaciosas, y todo anuncia una comodidad y bienestar que he notado luego en todas las localidades del tránsito. El Mekong es aquí mucho más ancho que el Menam en Bangkok, y con un ruido semejante al del mar y la impetuosidad de un torrente se abre un camino entre altas montañas que con trabajo la contienen al parecer en su lecho.

De trecho en trecho se suceden las cascadas, desde Paklaie hasta Luang-Prabang, donde no se llega sino después de diez ó quince días de penosa marcha.

La vista de este río me produjo el mismo efecto que el encuentro de un amigo. Yo he bebido mucho tiempo sus aguas; es un conocimiento antiguo; me ha mecido y atormentado mucho. Actualmente corre magestuoso, completamente lleno, entre altas montañas cuya falda roe para abrir un lecho; sus aguas son aquí turbias y amarillentas como el Arno en Florencia, pero rápidas como un torrente. El espectáculo es verdaderamente grandioso.

Cansado estaba de tan larga marcha montado en el elefante, y deseaba tomar una barca; pero el jefe y los habitantes de la aldea me aconsejaron que siguiere el camino del mismo modo por miedo de que me sobreviniese algún contratiempo. Fui pues por tierra hasta Thodua, 90 millas más al Norte, y durante ocho días he pasado como antes de un valle á otro, salvando montañas más y más elevadas, cada vez más atormentadas por las sanguijuelas. Pero al menos no tuve ya que echarme en las jornadas, pues todos los días alcanzábamos un lugarejo ó una aldea donde hallábamos el techo de un parador ó el de una pagoda que nos servía de abrigo. Pero ¡ay! en este último y santo asilo no podíamos descansar mucho mejor que en campo raso. Los sacerdotes laotianos están rezando continuamente al recorrer sus pagodas, y forman día y noche una cerrada espantosa salmodiando sobre todos los tonos. Si la salvación del alma se consigue por medio del ruido, tienen necesariamente que ir derechos al paraíso.

No he encontrado más que una aldea en que los tigres causen grandes estragos. Pero hay otro peligro que en estos lugares escarpados puede ser grave. Hay con frecuencia entre los elefantes de la caravana una ó dos hembras seguidas de sus hijos, y como estos trotan y corren de un lado á otro retozando, sucede algunas veces que uno de ellos tropieza y cae en una barranca, á la cual se echa inmediatamente todo el ganado para salvarle.

En el diario que he llevado de mi viaje á Cambodge, he pintado el Mekong como un río imponente, pero montuoso y casi completamente destituido de aspecto alguno pintoresco. Aquí la diferencia es grande. En los puntos más estrechos tiene más de 1,000 metros de ancho, y está en todas partes encajonado ó encauzado entre altas montañas de que salen torrentes que de cascada en cascada le rinden su tributo. Es como un acceso de grandeza y de opulencia. En todo el trayecto de este inmenso río, la vista tropieza constantemente con montes cubiertos de un espeso manto de verdura:

El 25 de julio llegué á Prabang, pequeña y encantadora ciudad, que desenvolviéndose en un espacio de 1 milla cuadrada, cuenta una población, no de ochenta mil habitantes como dice monseñor Pellagóis en su obra sobre Siam, sino de siete á ocho mil solamente. La situación es de las más agradables; las montañas que encierran el Mekong, lo mismo más arriba que más abajo de la ciudad, forman un valle circular, rodean un arenal que tiene 9 millas de ancho y debió ser un lago en otro tiempo, y sirven de marco á un cuadro encantador que recuerda los preciosos lagos de Como ó de Ginebra.

Si no brillase constantemente en este valle el sol de la zona tórrida, ó si al menos el fresco aliento de

una suave ventisca templase el sofocante calor que en el reino durante el día, me parecería un pequeño paraíso.

La ciudad se levanta en las dos márgenes del río; pero la parte derecha no cuenta más que algunas habitaciones. La parte más considerable rodea un monte aislado que tiene algo más de 100 metros de altura, en cuya cima se ha establecido una pagoda. Si no fuese por miedo de los siameses, y sobre todo de las montañas cubiertas de juncales en que reside la muerte, este principado caería muy pronto en poder de los anamitas, que no se aventuran á avanzar hacia el Este más que á siete jornadas de marcha.

En la estremidad Nordeste de la ciudad se junta con el río otro encantador que tiene 100 metros de ancho, y conduce á algunas aldeas de laotianos salvajes que allí llevan el nombre de *Tié*. Son las mismas tribus llamadas *Penoms* por los cambodgianos, *Khas* por los siameses, *Mois* por los anamitas, palabras todas sinónimas de salvajes.

Toda la cordillera de montañas que se extiende desde el Norte del Tonkin al Sur de la Cochinchina, á unas 100 millas al Norte de Saigon, está habitada por este pueblo enteramente primitivo, dividido en tribus que hablan varios dialectos, pero cuyas costumbres son iguales en todas ellas. Todas las aldeas que no se encuentran á muy larga distancia del Mekong son tributarias. Las más cercanas á la ciudad trabajan en construcciones del rey y de los príncipes, y están sujetas á las más penosas servidumbres corporales; las otras pagan su tributo en arroz. Sus habitaciones están situadas en los parajes más enmarañados de los bosques en que solo sus moradores saben abrirse paso. Su labranza se encuentra en las laderas y en la cima de las montañas. Se valen, en una palabra, de los mismos medios que los animales salvajes para escaparse de sus enemigos sin combatirles, y conservar la libertad é independencia, que son para ellos, como para todas las criaturas de Dios, bienes supremos.

XXVIII.

Luang-Prabang.—Notas de viajes al Este y al Norte de esta ciudad.—Últimos rasgos del diario.—Muerte del viajero.

El 5 de agosto, después de esperar diez días, fui presentado al rey de Luang-Prabang, que me recibió con la más soberbia pompa. Todo el mundo estaba sobre las armas; el salón del Trono, especie de sopalital ó sotechado como los que se improvisan en nuestras aldeas los días de fiesta, aunque de mayores dimensiones, estaba adornado con todos los colores que se habrían podido reunir. Su magestad «el rey de los Rumiantes,» un triste señor y un señor bien triste, se hallaba en un extremo de la sala, muellemente

recostado en un divan, teniendo á la derecha cuatro guardias acurrucados con sus correspondientes sables; detrás una retáhila de príncipes prosternados; mas lejos á los senadores vueltos de espaldas al público, con la nariz en el polvo, colocados en dos filas á uno y otro lado del paralelógramo, y despues, delante de S. M., mi humilde persona, muy puesta de blanco, tranquilamente sentada en un tapiz, teniendo á la derecha palanganas, teteras y escupideras de plata, contemplaba la escena con el bouri en la boca y sin poder apenas contener la risa.

Aquella visita me costó un fusil para el primer rey, y otros cuantos regalillos para los príncipes: porque no se puede viajar por todos estos países sin ir bien provisto de presentes para los soberanos, príncipes, mandarines y otras especies del mismo género.

Por fortuna, aquí no es como en Siam, encuentro ayuda en los indígenas. Con dos, tres ó todo lo mas cuatro alambres dorados, me procuro un buen longicornio ó cualquier otro insecto; me los traen de todas partes, y asi es que en el camino, si bien se me han ido cinco piezas de tela colorada, he recogido riquezas inapreciables, y al mismo tiempo con las economías que he podido hacer me he provisionado para seis meses. Todo irá á pedir de boca, sobre todo entre los salvajes que voy á visitar.

Al dia siguiente de mi primera audiencia, tuve otra con el segundo rey, que tambien queria regalos; busqué en mi caja de chucherías, que en otra parte me haria pasar por revendedor ambulante de quincalla, y descubrí un lente, un par de anteojos antiguos (es decir, de vidrios redondos), con los cuales S. M. *segunda* parecia un mono pelado, una pastilla de jabon jaspeado (buena falta le hacia), un frasco de agua de colonia y una botella de aguardiente. Esta última fue abierta en mi presencia y juzgada muy buena.

Quedé pues corriente; pero era preciso recompensar á aquellas pobres gentes, porque al fin el rey está complaciente y bueno conmigo; se encarga de mis cartas; él mismo las llevará á Bangkok, donde vá, segun creo, á rendir pleito homenaje. Es una fortuna para mí el que no comprenda el francés; porque si el «vil abuso» del sistema de curiosidad postal trasmitido á sus descendientes «por el gran rey que hizo traicion á la Valliere...» hubiera llegado á este país, correria peligro de encontrarme colgado del árbol mas alto que se encontrase, sin recibir siquiera una primera advertencia.

Distribuí en seguida á los príncipes estampas de que habia hecho provision en Bangkok, hermosos caballeros con la lanza en ristre, Napoleon el Grande á dos sueldos, la batalla de Magenta, Victor-Manuel, Garibaldi, muy iluminados de blanco, azul y encarnado, zuavos, clavos de cabeza dorada, aguardiente

alcanforado, etc. Era de ver lo muy contentos que estaban todos, no sintiendo mas que una cosa: mi salida de la capital antes de haber apurado mi saco de juguetes.

Mi tercer criado Song, que habia tomado en Pak-priau, puso grande empeño en que le dejase regresar á Bangkok con la comitiva del rey y de Luang-Prabang. Hice todo lo posible para que se quedase, pero no pude conseguirlo. Le he pagado su salario hasta hoy y le he dado una carta para Bangkok, donde se le dará todo lo que se le deba por el tiempo que tarde en regresar.

Creo que tenia el mal del país, y me inspiraba menos simpatías que mis demás criados. Es verdad que hacia poco tiempo que le tenia. O sufría mucho ó estaba poco contento de mí; una de las dos cosas, tal vez las dos. He vuelto á suplicarle que se quedase, y ha seguido en sus trece; es menester darse prisa, pues el rey marcha pasado mañana. He alquilado una barca para que le lleve á la ciudad; el buen Phrai se ha encargado de conducirlo y lo ha recomendado de mi parte á un viejo mandarin conocido mio.

Le he dado todo lo necesario para el viaje, aunque dure tres meses; no carecerá de nada, y al llegar á Bangkok se encontrará con algun dinerillo. En el momento de partir, ha venido á despedirse prosternándose; le he levantado cogiéndole de las manos, y entonces han empezado los llantos y los sollozos y ha pasado de la orilla á la barca. A mi regreso, viéndome solo en mi choza, mi corazón se ha afligido mucho y un torrente de lágrimas ha brotado de mis ojos.

Aunque tranquilo, no sé cuándo volveré á estar completamente en calma, porque veré con frecuencia dia y noche, á aquel pobre muchacho en medio de los buques, quizá enfermo, y rodeado de gentes indiferentes y duras. Si las cosas pudieran hacerse dos veces, me opondria á su partida, y por nada del mundo cederia á su obstinacion; y sin embargo, si hubiese caído enfermo aquí, si hubiera muerto, cuántas acusaciones me hubiera yo mismo dirigido! Me lo habia confiado el bondadoso padre Larnandy. Que Dios acompañe al pobre niño y le preserve de todo accidente y de toda enfermedad durante su penoso viaje.

Los laotianos son apacibles, sumisos, pacientes, sóbrios, confiados, crédulos, supersticiosos, fieles, sencillos y dulces. Tienen naturalmente horror al robo; se cuenta que uno de sus reyes hacia freir los ladrones en una caldera de aceite hirviendo; pero despues de los saqueos de las últimas guerras se empieza á encontrar entre ellos cierto número de ladrones arastrados á la rapiña por la miseria ó por el espíritu de venganza.

Además del cultivo del arroz y maiz, los laotianos se dedican al de las patatas, calabazas, pimientos colora-

dos, melones y algunas legumbres. Con este objeto buscan un sitio fértil en la selva vecina, cortan todos los árboles y les prenden fuego, lo que da á la tierra una fecundidad sorprendente. Venden á los chinos marfil, pieles de tigre y de otros animales salvajes; trafican

tambien con polvo de oro, minerales de plata y de cobre, gutta-gamba, cardamomo, laca, cera, algodón, seda y otros productos de su suelo, recibiendo en cambio porcelana ordinaria, abalorios y otros pequeños objetos de la industria china.



Cementerio protestante en Bangkok.—De fotografía.

Los laotianos no están hechos para la guerra; sometidos desde el principio á los reyes vecinos, jamás han intentado sacudir su pesado yugo, y si se han sublevado alguna vez, no han tardado en volver al deber, como un esclavo rebelde cuando ve á su amo irritado armarse de un látigo para castigarle.

La medicina es muy honrada entre ellos; pero es una medicina empírea y supersticiosa. El gran remedio universal, es el agua lustral que se hace beber al enfermo, despues de haberle atado á los brazos y á los pies hilos de algodón bendito, para conjurar la influencia de los genios maléficos. Es preciso confesar sin embargo que curan, como por encanto, una porcion de enfermedades con plantas medicinales desconocidas en Europa, y que parecen dotadas de una gran virtud. En casi todos sus remedios hay alguna

cosa estraña y supersticiosa, como huesos de buitres, de tigre, de serpiente, de mochuelo; hiel de boa, grasa de cocodrilo, de lagarto y otras sustancias de este género, á las cuales atribuyen propiedades medicinales asombrosas.

Su música es muy dulce, armoniosa y sentimental; no son necesarias mas que tres personas para formar un concierto melodioso. Una toca un órgano de bambú, otra canta romances con el acento de un hombre inspirado, y el otro golpea cadenciosamente tablas de una manera sonora, causando muy buen efecto. El órgano lao es una combinacion de diez y seis bambúes finos y largos, sujetos en un pedazo de palo de ébano, dotados de una embocadura en que sopla el músico, inspirando y aspirando sucesivamente, y hace vibrar de este modo algunas lengüetas